



Capítulo 9 — Las entrañas del silencio

El frío de la noche había menguado, pero dentro de la cueva el aire seguía anclado a otro tiempo. Sira dormía mal. Cada vez que lograba cerrar los ojos, el zumbido del viento en la entrada la traía de vuelta, como un hilo invisible atado al fondo de su conciencia.

No era el viento lo que le inquietaba, ni la oscuridad —bien sabía ella que lo más terrible no se esconde en la sombra, sino en la mente—. Lo que no la dejaba dormir era la sensación de que el lugar respiraba. Que, bajo su espalda, más allá de la roca, algo latía con un ritmo lento, milenario.

A mitad de la noche, se sentó. Avivó las brasas que aún resistían en su hornillo, bebió un sorbo de agua tibia de su cantimplora de metal, y encendió la antorcha que había preparado antes de caer el

sol. El fuego, esta vez, parecía más inquieto. Bailaba con destellos rápidos, como si se negara a quedarse quieto.

Tomó sus herramientas y volvió a la espiral tallada.

La examinó con más detalle, ahora sin la prisa del frío o la amenaza de lluvia. Aquella figura no era decorativa. Las proporciones estaban medidas con intención: el grosor de la línea, la curvatura, incluso el punto final donde encajaba la placa metálica no era un adorno, sino parte de un mecanismo. Algo allí había sido pensado para ser usado.

Y ella era quien lo había encontrado.

Sacó una pequeña navaja de punta fina y empezó a retirar con cuidado el polvo y los restos de piedra que cubrían los bordes del disco metálico. No había tornillos, ni bisagras visibles. Pero al retirar una pequeña capa de sedimento, sintió una vibración leve, casi imperceptible, en la yema de los dedos. Como un clic contenido.

Empujó, con cuidado.

El círculo giró un cuarto de vuelta con un sonido seco, como si hubiera soltado una cerradura. Un segundo después, la pared pareció respirar: un susurro leve, como aire escapando de un compartimiento sellado durante siglos.

Se apartó instintivamente. La roca tembló ligeramente, y entonces una parte del muro se deslizó hacia dentro. Lentamente, sin ruido, se abrió una entrada.

Más allá, un corredor.

Era estrecho, apenas un metro de ancho, y descendía con una inclinación suave. Las paredes estaban cubiertas de paneles oscuros,



muy diferentes a la piedra natural del resto de la cueva. No eran metálicos, ni plásticos. Eran de una especie de material compuesto, rugoso al tacto, que absorbía la luz como una esponja sedienta.

Sira encendió otra antorcha —la anterior se estaba apagando— y descendió.

El corredor era silencioso como una tumba, pero no tenía polvo. El suelo, aunque irregular, estaba limpio. Eso no tenía sentido. ¿Acaso alguien había pasado por allí recientemente? ¿O el lugar estaba sellado de tal forma que nada entraba ni salía desde hacía siglos?

A los pocos metros, el pasadizo se abría a una sala circular.

Allí, las paredes estaban cubiertas de símbolos geométricos, no tan distintos de los que había visto en otras ruinas antiguas. Pero había algo más. En el centro, una estructura cilíndrica de piedra pulida se alzaba como un pedestal. Encima, descansaba una esfera de cristal opaco.

Sira se acercó.

Al examinarla, notó que la esfera tenía dentro una especie de líquido viscoso. No era agua. No era aceite. Tenía un brillo interno que fluctuaba, como si respondiera a su cercanía. Cuando pasó la mano a escasos centímetros, la luz dentro de la esfera pareció latir. Una vez. Luego otra. Luego desapareció.

Silencio.

No había interruptores. Ningún texto. Ningún mapa, al menos visible.

Pero el lugar tenía una función. Aquello no era un santuario, ni una tumba. Era una estación de observación, quizás una interfaz para



comunicarse con otras zonas del territorio. Tal vez una herramienta de medición, o un sistema de señales, olvidado por generaciones.

Anotó cada detalle. Dibujó los símbolos. Midió con pasos la sala.

Y entonces lo escuchó.

Un ruido metálico, muy leve, como un golpe seco en la distancia.

Le siguió otro. Luego, silencio otra vez.

No estaba sola.

El eco venía del corredor, pero no desde donde ella había entrado.

Era otro tramo, oculto por la forma circular de la sala. Sira apagó la antorcha y contuvo el aliento.

Pasaron minutos.

Nada.

Encendió de nuevo la antorcha y caminó hacia el sonido. El pasadizo era aún más estrecho que el anterior, y al fondo... una compuerta semicircular, con el mismo patrón en espiral que había activado antes, solo que más pequeño.

No lo abrió.

Todavía no.

Volvió sobre sus pasos, regresó a la sala, y decidió que no era momento de arriesgar más. Acampó allí, junto al pedestal, bajo la esfera que ahora dormía sin brillar.

Antes de dormir, escribió:

“No somos los primeros en recorrer este mundo. Pero quizás sí los últimos en recordarlo.”

Y en el silencio de esa cámara escondida, la piedra pareció asentir.

El Claro y la Promesa

Bajo el Testigo

La mañana llegó sin ruido, como si el viento no quisiera interrumpir. El sol apenas tocaba la hierba del claro, y los árboles más altos, retorcidos y antiguos, seguían envueltos en la niebla como si aún estuvieran soñando.

Sira Thayn ya estaba despierta. De pie junto al árbol seco que llamaban el Testigo, observaba cómo la humedad de la noche perlaba el musgo a sus pies. Aquel árbol no tenía hojas desde que ella era niña, pero seguía ahí, firme, como si sus raíces abrazaran algo más profundo que tierra.

Llevaba el cabello trenzado en su estilo habitual, pero esa mañana había añadido una pluma gris al moño, recogida del suelo del claro tres días antes. A su espalda, la cabaña silente. Delante, un mundo que estaba desajustado.

Clavó la punta del cuchillo de sílex en la tierra blanda y se agachó. Frente al tronco, había una piedra chata, apenas visible entre la hierba. La retiró con cuidado. Bajo ella, un pequeño hueco. Metió la mano y extrajo un objeto envuelto en tela encerada.

Era una hoja de corteza, tan fina como una página de libro, pero más flexible. En ella, grabadas con aguja de hueso, estaban las palabras de su madre. Palabras que Sira no recordaba haber leído nunca.

“Si oyes la piedra hablar, no la contradigas.

Si el musgo sube en espiral, ve hacia abajo.

Si olvidas la forma del agua, no bebas.

*En Sombraviva, el primer Fragmento espera.
Ve y escucha. Lo que no entiendas, no lo rechaces.”*

Sira la leyó dos veces. Luego la dobló con sumo cuidado y la guardó en su diario de cortezas. El Testigo crujío levemente con el viento. No fue despedida, ni aviso: solo un eco viejo que se movía con ella.

La Cabaña Silente

Entró por última vez en la cabaña. Olía a polvo seco, a menta olvidada, a lana guardada demasiado tiempo. Había señales de cosas que ya no estaban: el bastón apoyado junto a la puerta, las ramitas de fresno alineadas en el alfeizar, los ídolos de barro colgados en hilos de lino.

Sira recogió solo lo esencial. La bolsa de piel con el espejo negro. Su brazalera de cuero, donde metió una nueva aguja de hueso. Un paquete de raíces amargas envueltas en hojas de olmo. Un puñado de semillas de altramuz.

Miró la piedra del hogar, intacta pero fría. No lo encendió. No podía.

Salió al exterior sin cerrar la puerta.

Los Últimos Rituales

El claro tenía sus reglas. Antes de partir, debía dejar una señal.

Caminó hasta la zona más despejada, donde el río trazaba una curva brillante. Allí, sobre la piedra plana que llamaban el Altar de la Gota, colocó la espiral de resina que su madre había moldeado años



atrás. Junto a ella, dejó un mechón de su cabello envuelto en la tira azul que llevaba siempre en el pelo. No era un sacrificio, era una marca: *yo estuve aquí. Yo partí. No me olvides.*

Silencio. El claro parecía haberlo aceptado.

Entonces, sin mirar atrás, tomó la senda oculta entre los sauces, donde el musgo se volvía espeso y el aire cambiaba de olor. La dirección era clara: al oeste, hacia el Bosque Sombraviva. Hacia el primer fragmento. Hacia lo que aún no tenía forma.

Entre Sauces y Ecos

El sendero era estrecho y se bifurcaba sin aviso. Las marcas que había dejado años antes ya no estaban. El bosque se había movido, como si tuviera su propio pulso.

A medida que avanzaba, el aire se espesaba. Las hojas caídas ya no crujían; se disolvían al contacto, como si la tierra las quisiera de vuelta demasiado rápido. Los árboles se hacían más altos y delgados, y sus copas formaban un techo denso que filtraba la luz.

Cruzó una zanja poco profunda, bordeada por piedras cubiertas de líquenes rojos. Tocó una con la punta de los dedos. Estaba caliente. No por el sol, sino por dentro.

A lo lejos, un sonido. No pájaros. No viento. Algo que parecía piedra deslizándose sobre piedra.

Sira se detuvo. Cerró los ojos.

Recordó las palabras.

“Si oyes la piedra hablar, no la contradigas.”

Asintió una sola vez. Luego, con cuidado, desató una pequeña tira de corteza y escribió en ella una nota rápida con tinta vegetal:

“El claro me ha dejado ir. El bosque aún recuerda. Camino.”

La ató a una rama baja, visible solo para quien sepa buscar. Una semilla de palabra para quien venga detrás.

El principio del movimiento

El sol ya no entraba. El bosque Sombraviva se abría como una garganta vegetal, húmeda y cargada de vibraciones leves. Cada paso era una pregunta que la tierra devolvía con matices.

Sira se inclinó, tomó un puñado de tierra y la olió. Ácida. Viva. Hostil.

Era el lugar correcto.

Desde lo profundo, un murmullo. Incomprensible, pero rítmico.

Las piedras, quizá, ya estaban hablando.

Sira Thayn no respondió. No aún.

Solo avanzó un paso más, y luego otro.
El viaje había comenzado.

Erik el rojo

Documento creado por: www.erikelrojo.com